T

Brian Aldiss

Cuando T cumplió diez años su máquina ya se hallaba en los confines de la Galaxia. T no era su nombre - nunca pasó por las mentes del laboratorio la idea de bautizarle - sino el símbolo que figuraba en el casco de su máquina y como nombre era más que suficiente. Además, tampoco era su máquina; era más bien él quien pertenecía a ella. No podía alegar que desempeñaba el honorable papel de piloto, ni siquiera el más humilde de pasajero; era un instrumento cuyos segundos de utilidad estaban a doscientos años en el futuro.

Yacía como un gusano en el corazón de una manzana en el mismo centro de la máquina, mientras ésta atravesaba rauda el espacio y el tiempo. Permanecía inmóvil; no se le presentaba el impulso de moverse, ni hubiera podido obedecerlo de habérsele presentado. En realidad, T había sido creado sin piernas... su único miembro era un brazo. Además, la máquina le rodeaba estrechamente por todos lados. Lo alimentaba mediante tubos que introducían en su cuerpo una fina corriente de vitaminas y proteínas. Hacía circular su sangre gracias a un diminuto motor que palpitaba en el mamparo de estribor como un corazón. Expulsaba sus productos residuales mediante un sifón que funcionaba continuamente. Producía su provisión de oxígeno. Regulaba de tal modo a T, que éste no crecía ni envejecía. Gracias a ello, seguiría vivo dentro de doscientos años.

A cambio, T tenía que realizar una misión. Sus oídos oían constantemente un zumbido invariable y ante sus ojos sin párpados había una pantalla sobre la cual una banda rojo oscuro bajaba constantemente siguiendo una línea verde fija. El zumbido representaba (aunque no para T) una dirección a través del espacio, mientras que la banda roja indicaba (aunque no para T) una dirección en el tiempo. De vez en cuando, tal vez cada década, el zumbido variaba su intensidad o la banda se apartaba de la línea verde. Estas variaciones se grababan en la conciencia de T como agudas incomodidades y entonces él ajustaba con su mano una de las dos ruedecillas, hasta que las condiciones volvían a ser normales y se continuaba aquel constante temor de monotonía.

Aunque T se percataba de su propia existencia, la soledad era uno de aquellos innumerables conceptos que sus creadores habían dispuesto que no sintiese jamás. Permanecía pasivo, lleno de un contento artificial. Su tiempo no estaba dividido por el día y la noche, el sueño y la vigilia o las comidas a horas fijas, sino por el silencio y el habla.

Una parte de la máquina le hablaba a intervalos fijados; eran unos breves monólogos sobre el deber y la recompensa, o instrucciones acerca del funcionamiento de un aparato cuyos servicios se requerirían dentro de dos siglos. La voz que hablaba presentaba a T una imagen cuidadosamente falseada de su medio ambiente. No aludía en absoluto a la noche intergaláctica que reinaba en el exterior, ni al rápido paso del tiempo. La idea de movimiento no era un factor que viniese a turbar la vida enclaustrado de un ser como T. Pero la voz se refería a los Koax, en términos reverentes, para hablar también - pero con palabras rebosantes de odio - de aquel enemigo inevitable de los Koax que, se llamaba Hombre. La máquina informaba a T de que de él dependería la completa destrucción del Hombre.

T estaba completamente solo, pero la máquina que le transportaba iba acompañada en su viaje. Otras once máquinas idénticas - cada una de las cuales contenía un ser semejante a T - cruzaban el espacio sideral. Aquel espacio estaba vacío y sin luz, y su relación con el universo era la misma que tiene un pliegue en un vestido de seda respecto al vestido; cuando los lados del pliegue se tocan, la tela forma un túnel en el interior del vestido. O, si lo deseamos, podemos compararlo al carácter negativo de la raíz cuadrada de menos dos, que posee un valor positivo. Era un vacío dentro de un vacío. Las máquinas no podían ser

detectadas mientras atravesaban las tinieblas eternas como si fuesen luz, hundiéndose entre los milenios en reposo como si fuesen piedras.

Las doce máquinas fueron construidas para un caso de peligro por una raza no humana y tan antigua, que había abandonado la construcción de otras clases de maquinaria hacía incontables siglos. Habían progresado hasta tal punto, que ya no necesitaban ayudas materiales... ni cuerpos sólidos.. e incluso ni planetas a los que asociar sus tenues seres. En su espléndida madurez, habían terminado por llamarse únicamente por el nombre de su Galaxia, Koax. En aquella segura isla formada por millones de estrellase ellos se movían y existían, meditando sobre el inminente fin del universo. Pero mientras ellos permanecían sumidos en sus meditaciones, otra especie, en una Galaxia más allá de toda distancia concebible, alcanzó la edad adulta.

La nueva especie a diferencia de los Koax, era extravertida y belicosa; se desparramó entre las estrellas como una explosión.

Se llamaba el Hombre. Llegó un tiempo en que esta raza, que provenía de un cuerpo celeste infinitesimal, se multiplicó y llenó su propia Galaxia.

Durante un tiempo detuvo su expansión, como si quisiera tomar aliento, el salto interestelar no puede compararse con el salto entre las grandes estrellas..., pero entonces se formularon las ecuaciones de tiempo/espacio y el Hombre se dirigió a la Galaxia más próxima armado con la más terrible de todas las armas: la Estasis. Aquella atrevida raza descubrió que la relación temporal masa/energía que regula el funcionamiento del universo, podía trastocarse en alguna de las Galaxias menos pobladas de estrellas, impidiendo su revolución orbital, lo cual causaría, virtualmente, la fijación del factor temporal o Estasis, a consecuencia de la cual todos los seres afectados dejan de seguir la corriente temporal del universo, cesando por lo tanto de existir. Pero el Hombre no tuvo necesidad de emplear esta arma aniquiladora, pues mientras saltaba de una galaxia a otra gracias a su subproducto, la propulsión estática, no encontró en ninguna de ellas rivales ni aliados. Parecía hallarse destinado a ser el único ocupante del universo. Los innumerables planetas que visitó le revelaron únicamente que la vida era un accidente fortuito. Y entonces llegó a la galaxia de los Koax.

Los Koax conocían la existencia del hombre antes de que este se enterase de la de aquellos, y su substancia material se estremeció al pensar que pronto se vería rasgada por las atronadoras naves de la Flota Suprema. Actuaron con prontitud. Materializándose en una enana negra, un grupo de sus mejores mentes se dispuso a combatir al invasor con todos sus recursos. Podían hacer algunas cosas muy útiles; no era la menor de ellas la capacidad de alterar y decidir el curso de soles y astros. De este modo, nova tras nova estalló en el centro de la Flota Suprema. Pero el Hombre prosiguió invencible su carrera, lanzándose entre los Koax como un cataclismo. De una pequeña tribu asustada formada por unos cuantos centenares de individuos que vagaban por una tierra hostil, se convirtió en una ilimitada multitud que señoreaba las estrellas. Pero mientras los Koax destruían nave tras otra, el Hombre decidió eliminar su nido mediante la Estasis y al punto se iniciaron los preparativos. Las fuerzas del Hombre se reunieron para lanzar el golpe decisivo con toda su fuerza.

Por desgracia, una nave-biblioteca de la Flota cayó intacta en poder de los Koax, y gracias a ella éstos descubrieron ciertos detalles de la larga y confusa historia del Hombre. Incluso apresaron un plano del sistema solar tal como era cuando el Hombre se enteró de su existencia. Por primera vez, los Koax conocieron al Sol y su cortejo de astros. En aquella época el Sol, en el otro extremo del universo, se había convertido en un pedazo de escoria

que emitía una débil radiación y cuyo diámetro era el doble del sistema planetario que en tiempos remotísimos giró a su alrededor. A medida que envejecía y se expansionaba, fue absorbiendo los planetas; en la actualidad incluso Plutón había caído para alimentar aquel horno moribundo. Por último, los Koax consiguieron elaborar un plan que les permitiría librarse para siempre de sus enemigos. Como éstos no podían luchar en el presente contra los inagotables recursos del Hombre, elaboraron un plan maquiavélico para atacarle en el remoto pasado, cuando ni siquiera existía. Construirían una docena de máquinas que se deslizarían a través del tiempo y el espacio para aniquilar a la Tierra antes de la aparición del Hombre sobre ella; los proyectiles la alcanzarían, según quedó decidido, durante el Período Silúrico y reducirían el planeta a sus átomos componentes. Así nació T.

- Los venceremos - declaró uno de los Koax más ilustres en tono de triunfo, cuando los proyectiles partieron -. Si las antiguas crónicas terrestres no mienten (y no hay razón para creer que mientan), en los tiempos primitivos el Sol tenía a nueve planetas girando a su alrededor, antes de que empezase a envejecer. De fuera a dentro, por el orden lógico, estos planetas eran (tengo sus nombres aquí, gracias al sentimentalismo del Hombre) Plutón, Neptuno, Urano, Saturno. Júpiter, Marte, Tierra, Venus y Mercurio. La Tierra, como podéis ver, es el séptimo planeta por este orden, o el tercero que fue devorado por el Sol en su vejez. Este es nuestro objetivo, hermanos; una mota perdida en las profundidades del tiempo y del espacio. Procurad que vuestros cálculos sean exactos... el séptimo planeta es el que debe ser destruido.

No hubo error. El séptimo planeta fue destruido. El Hombre no tuvo la más mínima posibilidad de localizar y aniquilar a T y a sus once sombríos compañeros, pues aún no había descubierto el pliegue del continuo espacio-tiempo por el que viajaban. Su débil posibilidad de intercepción variaba inversamente con la distancia que cubrían, pues a medida que se iban aproximando a la primera galaxia del Hombre, el tiempo retrocedía hasta la época en que realizó sus primeras tentativas dentro de la Vía Láctea. Las máquinas avanzaban retrocediendo en el tiempo. Cada vez todo era más antiguo. Los Koax volvían a ser una joven raza que aún no poseía el secreto de los viajes por el espacio infinito y que iba degenerando y haciéndose cada vez más pequeña en el otro extremo del universo. El hombre sólo poseía unas anticuadas naves de combustible líquido, que recorrían y exploraban medio centenar de sistemas planetarios. T seguía postrado en su posición fija, esperando incansablemente. Sus dos siglos de existencia, la larga espera tocaban a su fin. En algún rincón de su frío cerebro algo le decía que el momento culminante se acercaba. No todos sus compañeros podían considerarse tan afortunados, pues las máquinas que los transportaban, perfectas cuando salieron, fueron sufriendo averías durante el largo viaje (los doscientos años representaban una distancia en el espacio/tiempo de unos nueve mil quinientos millones de años luz). Los Koax eran filósofos y matemáticos natos, pero hacía mucho, muchísimo tiempo que no se ocupaban de la mecánica... de lo contrario, hubieran imaginado algún sistema de relevo para realizar la misión asignada a T.

En una de las máquinas, el sistema de alimentación fue proporcionando paulatinamente una cantidad creciente de alimento, y el ser que transportaba murió no por comer demasiado, sino por el dolor creciente que experimentaba al crecer y rellenar poco a poco los mamparos de acero, terminando por obturar los conductos de aire en su propia carne. En otras de las máquinas, se fundió una válvula, acortando el viaje por el hiperespacio; la máquina penetró al espacio real y terminó enterrada en una estrella variable tipo M. En una tercera máquina, el sistema de dirección perdió el gobierno y el proyectil fue acelerando su velocidad, hasta que se quemó, friendo a su ocupante. En una cuarta, el tripulante

enloqueció de pronto y accionó una pequeña palanca que no debía tocarse hasta dentro de cien años. Su máquina se convirtió en un volcán radiactivo, cuyas partículas destruyeron además las otras dos máquinas.

Cuando el Sistema Solar solamente estaba a unos cuantos años luz de distancia, las restantes maquinas pararon sus motores principales y emergieron al espacio/tiempo normal. Sólo tres de ellas habían completado el viaje, T y otras dos. Se encontraron en una galaxia desprovista de vida. Sólo las grandes estrellas bañaban con su luz sus nuevos planetas, acabados de salir, por decirlo así, del vientre de la creación. El hombre había retrocedido hacía mucho tiempo para hundirse de nuevo en el fango primigenio y los soles y planetas todavía no tenían nombre. Sobre la Tierra, se cernían las nieblas de los primeros siglos del Período Silúrico y en sus aguas someras, los moluscos y los trilobites eran la única expresión de vida.

Entre tanto, T concentraba su atención en el séptimo planeta. Había realizado ya los sencillos movimientos necesarios para situar nuevamente su máquina en el Universo normal; a la sazón, lo único que le quedaba por hacer era vigilar una pequeña esfera indicadora de la presión. Cuando la máquina penetrase en la alta atmósfera del séptimo planeta, la pequeña manecilla del manómetro empezaría a ascender. Cuando llegase a una línea claramente indicada sobre el cuadrante, T haría girar una pequeña rueda (la cual accionaría los amortiguadores..., pero T no necesitaba saber el Cómo ni el Porqué). Entonces otras dos esferas graduadas se pondrían en movimiento. Cuando sus indicaciones coincidiesen, T tenía que tirar de la pequeña palanca. La voz le había explicado todo esto a intervalos regulares, no le explicó que sucedería al accionar la palanca, pero T sabía perfectamente que aquello significaría la destrucción del Hombre y esto ya le bastaba.

El séptimo planeta apareció en posición frente a la roma nariz de la máquina de T y fue aumentando en tamaño aparente. Era un mundo joven, con un futuro que iba a ser borrado para siempre en la pizarra de la probabilidad. Cuando T penetró en su atmósfera, la aguja del manómetro empezó a moverse. Por primera vez en su vida, algo parecido a la excitación dominó el fluido cerebro de T. No vio el panorama que se extendía bajo él, ni le importó, pues la máquina no disponía de portillas. Lo único que habían visto sus ojos desde que fue creado, eran las esferas indicadoras, tenuemente iluminadas.

Sus reacciones fueron exactamente las mismas que habían previsto los Koax. Cuando la manecilla llegó a la parte superior de la esfera, hizo girar el volante de los amortiguadores y los otros dos indicadores empezaron a moverse. Estaba atravesando la estratosfera del séptimo planeta. Se había calculado que la carga haría explosión antes del impacto, pues como los Koax no poseían detalles acerca de la composición del planeta, se aseguraron de que la carga estallase antes de que la máquina chocase con la superficie del planeta y T pereciese. Las medidas de seguridad que se habían tomado eran perfectas. T tiró de la última palanca cuando estaba a treinta kilómetros de altura. En el holocausto que inmediatamente se produjo, él sucumbió presa de un sombrío júbilo,

La misión de T fue coronada por el éxito más completo. El séptimo planeta fue desintegrado. Las otras dos máquinas no tuvieron tanto éxito. Una de ellas no consiguió penetrar en el Sistema Solar y se perdió en las profundidades del espacio como una motita que transportaba un ser que agonizaba pacientemente. La otra se acercó mucho más al objetivo. Avanzaban cerca de T y se dirigió hacia el sexto planeta. Por desgracia, hizo explosión a demasiada altura y aquel planeta. en lugar de quedar totalmente desintegrado, fue hecho pedazos, convirtiéndose en millares de piedras que siguieron órbitas irregulares entre las órbitas del colosal planeta quinto y el octavo, que era un pequeño cuerpo celeste

en torno al cual gravitaban dos diminutos satélites. El noveno planeta, por supuesto, no sufrió daño alguno; siguió gravitando serenamente por el espacio, acompañado por su pálido satélite y transportando su carga de formas biológicas elementales.

Los Koax realizaron la misión que se habían propuesto cumplir. Habían calculado alcanzar el séptimo planeta y lo consiguieron, aniquilándolo.

Pero aquel éxito ya figuraba en la única carta celeste que tenían como guía. Si lo hubiesen interpretado bien, hubieran visto que...

Así, mientras el sexto planeta fue hecho pedazos por accidente, el séptimo desapareció sin dejar rastro. Pues el orden era: Plutón, Neptuno, Urano, Saturno, Júpiter, el planeta que se convirtió en cinturón de asteroides, el planeta destruido por T, Marte, la Tierra, Venus, Mercurio...

En el noveno planeta, los moluscos se movían suavemente, bañados por los brillantes rayos solares, que se filtraban a través del agua...

FIN